

# El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia



Subscripción.—En la Península: Un mes, 1 pta.—En el Extranjero: Tres meses, 7-50 id.—La subscripción se contacta desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.  
Redacción, Mayor, 24.—Teléfono 143.—Administración, Plaza San Agustín, 7.—Teléfono 237.

Condolencias.—El pago será adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales: París Mr. A. Lorette, 14, rue Rougemont; Mr. John F. Jones, 31 Faubourg Montmartre.—New-York, Mr. George B. Fisher, 21 Park Row.—Berlin, Rudolf Mosse, Jerusalem-Strasse, 46-49.—La correspondencia al Administrador

## ACERCA DEL ARTE

### CON MOTIVO DE ZULOAGA

Supongo al lector:—y tanto mejor para él si me equivoco—profano como yo en materia de técnica pictural. Y precisamente para el lector que no sepa manejar los colores ni trazar el dibujo más rudimentario, deseo hablar de arte pictórico.

Necesario es establecer, para ello, dos ideas fundamentales: la primera se refiere al procedimiento expositivo de mis reflexiones; la segunda, al fondo de mis reflexiones mismas. Cuando se habla de arte, como de cualquier otra cosa, es preciso ser claro y sincero: exponer las ideas desnudas hasta en sus raíces; y si no se tienen más que fragmentos de ideas, sin principio y sin remate definidos, preciso es confesarlo también. Es viejo achaque de artistas envolver sus ideas—ó su falta de ideas—básicas acerca del arte, en una especie de niebla que los catecúmenos no pueden franquear, y defenderse con modismos profesionales sin importancia filosófica. Pero un artista puede ser excelente y, sin embargo, carecer de las ideas teleológicas de su arte. El cangrejo—dice un profesor amigo mío—es un animal crustáceo; pero eso no lo sabe el cangrejo sino el naturalista. El artista cumple su misión creando obras de arte. El filosofar sobre ellas no es cosa que fatalmente le corresponda. Si esta afirmación necesitase una prueba, bastaría recordar que Leonardo de Vinci, en su "Tratado de la pintura", se limita a dar reglas de técnica, pero no acierta ó no se atreve á esclarecer las causas originales y finales de su arte.

Ante los cuadros de los museos es donde se vé el daño causado por esta ficción de artistas y de críticos, por esta incertidumbre respecto de la finalidad del arte pictórico, por este convertir en misterio y en abracadabras, cosas que deben ser de todos y comprensibles para todos. Las gentes desorientadas, llenas de temor, no se atreven á juzgar los lienzos. Siguen, sin conocerlo, el consejo de Schopenhauer: "debemos estar ante las obras de arte, como ante los grandes personajes, mudos y reverentes hasta que

nos dirijan la palabra". Y á veces no nos dirigen la palabra, porque nada podrían decirnos.

Así, las pinacotecas, donde frecuentemente he ido acompañado de profesionales, han sido para mí, lugares de suplicio. No había logrado emanciparme de tales vanos temores. Aventuraba opiniones tímidas que me refutaban casi siempre. Esto me llenó, largo tiempo, de una amarga desconfianza de mí mismo. Pero los hombres no se han hecho para arrojarse ante los cuadros, sino los cuadros para aguardar el juicio de los hombres, del hombre culto y del hombre de la calle. "El cuadro—pensé con Emerson—aguarda mi veredicto, no le corresponde ordenarme; soy yo quien debe establecer sus pretensiones al elogio."

Y quise encontrar un principio que sirviera para contrastar las obras artísticas. Para juzgar las producciones individuales, es indispensable poseer una regla universal; para ser crítico, es, pues, preciso poseer una filosofía del arte, un sistema de causas originales y finales.

Pues bien, lector; ese sistema no existe; la Estética es una ciencia en nebulosa, en gestación. Desde Novalis á Ruskin y desde Hegel á Taine, los sistemas varían considerablemente. La teoría del arte más aceptada no es apriorística, no ha precedido á las creaciones individuales en el orden lógico, sino que se ha extraído de ellas. Como si el ideal de derecho—que estriba en armonizar las relaciones externas de los hombres—se extrajera de las leyes y de los códigos y no fuera lógicamente—aunque cronológicamente tal vez no—anterior y superior á ellos.

De modo que, en principio, no se han declarado admirables tales ó cuales obras porque se ajustasen á la teoría del arte; se ha convenido en que eran excelentes "porque sí"; y después esas obras han servido de modelo para formular reglas que, en conjunto, constituyen las teorías artísticas.

Pero esto ¿no es arbitrario? Inducir—como Taine ha hecho—reglas eternas de casos particulares, ¿no es peligroso de temeridad? Las modali-

dades, las posibilidades individuales de originalidad, ¿se han agotado acaso? La ley establecida mirando á tres, ó cien, ó mil cuadros, ¿no puede ser modificada por un cuadro imprevisto? Y, ante todo, ¿por qué razón ha de negarse al hombre de hoy y de mañana el derecho de aportar factores nuevos á la formación del ideal del arte?

Parece, pues, cosa evidente, que nadie y menos los pintores, puede hablarlos de arte con tono dogmático é inapelable. En pintura, como en todo, ¿quién osará, sin excitar nuestra ironía, atribuirse la posesión de la verdad? No son sentencias, sino opiniones, lo que buscamos. Sobre el terreno arenoso y movedizo de las opiniones se edificará, y de hecho se edifica, toda la crítica artística contemporánea. ¿Quiere esto decir que no hemos de atribuir valoración más altas á unas opiniones que á otras? Procedimiento simplista sería ese, semejante al del que, ante la dificultad de un problema, optara por borrarlo de la pizarra en lugar de resolverlo, ó como el de quien, en la imposibilidad de esclarecer toda la selva, apagara las antorchas que la alumbraban esporádicamente. Y á esta conclusión me proponía llegar; partiendo del misterio, de la incertidumbre en que nos hallamos respecto al fin del arte, y considerando, de otra parte, la obra de Zuloaga, alumbrarla con aquellas opiniones que imaginé como antorchas; sin propósito previo de elogiarla ó de vituperarla, sin el empeño vano de encerrarla en una definición. Y esto es lo que intentaremos en día próximo: examinar esa obra, limpios de impurezas y de prejuicios; ir á ella, como á una comunión espiritual, con el alma vestida de blanco.

Juan PUJOL.

### Fiestas restablecidas

Madrid 13-9 m.

El "Boletín Eclesiástico" del Arzobispado de Toledo, declara en su último número que Su Santidad Pío X, ha restablecido en España las fiestas de precepto del Corpus y San José.

También publica una carta del Pontífice, agradeciendo expresivamente al Cardenal Aguirre la felicitación que éste le envió por el feliz término de año, etogiando el interés que manifiesta por el bien de la Iglesia y de la nación española y enviándole su bendición.

## MIS CAMPAÑAS

CARTAS A UN IDÓLATRA

### EL ENCUENTRO

Mi querido Xenofonte:  
tú, que al frente de 10.000 te retiraste, soberbio, de la casa de Cain; tú, comadrona punible, escarnio de mi país, que has hecho abortar los planes de mi guardia concejil, tú, que cobras m's recetas que rentas cobra Rosdchi t, escucha mis confesiones, y aprende, torpe, de mí.  
Ayer, en *sleeping-car*, (me seduce el *sleeping*) llegué temprano á la Côte. ¡Qué delicioso es Madrid! V sin lavarme la cara, como hace la gente chic, empolvado y soñoliento, hacia el Retiro me fui. Era la mañana hermosa, templada como de Abril. Mi sangre joven hervía. *¡Cómo me senti!* Me detuve en el estanque, y me refresqué el magín, y tuve un mal pensamiento, al acordarme de tí. De pronto, una voz querida, á mis espaldas oí; era de mi protector el acento varonil. Acercóse el Presidente poco á poco; yo sentí la emoción de los amantes, que se ven solos al fin. Una lágrima furtiva me humedeció la nariz; y al resbalar por mis labios con avidez la bebí. Quise hablar, pero no pude; intentéme sonreír, y en mi boca, fué, el intento, desenfadado mohín. Me tocaron en la espalda, con rapidez me vo'vi, y á José, el perdona vidas, me enroscó como un repiil. Me sostuvo entre sus brazos, y cuando de ellos caí, de rodillas y á sus pies me quedé, ¡postura vill! Alzóme con maña suma, las gracias, fino, le dí. sacó un pañuelo de seda y ¡oh Dios! me limpió el hom. Ante pruebas tan fehacientes (bin de afecto, me derreti,

y le hablé al alma, al boisillo, trémulo, ardiente, febril; tendíome sus brazos firmes, le estreché con frenesi, y cogidos de la mano, marchamos al Hotel Ritz.

Mañana te contaré mi coloquio. Soy feliz! Te quiere, más que el mancebo, tu diputado

Pepin.

## INSTANTÁNEAS

Hace días, muy pocos, celebré España alborozada y radiante de júbilo una de sus fiestas íntimas, en cuyo simbólico y sublime ideal, fundiéronse los sentires y amores patrios de todos sus indígenas, que anidan en el fondo de sus almas las grandezas de pensamiento de los espíritus de elevada concepción....

En los astilleros de Ferrol háse botado al agua el acorazado *España*, nueva unidad naval que sumada á las demás de nuestra marina de guerra, surcará pronto, con la arrogancia y gallardía de la magesta.J, las inmensidades de las aguas, presta á seguir manteniendo incólume la integridad de su Patria, en cuyo holocausto inmolaráse antes que ver mancillada la inmaculada soberanía nacional...

Tan fausta nueva ha sido para el pueblo español una fiesta altamente patriótica, que ha inundado su alma—¡también los pueblos tienen alma!—de gozoso y contenido regocijo, signando la consumación de su hecho en el presente, para el futuro, nuevos y esplendorosos horizontes, cuyas áureas alburas del mañana, ceñirán á la corona de la Nación, otros jalones más de gloriosas victorias.

Hoy que el alma del hispano pueblo, sensible cual ninguna de otra raza, embarga la alegría que la fausta nueva en un principio hiciera sentir en las impresionables fibras de su corazón, la depresión atmosférica observada en la Natura, mata esos sus naturales y febriles entusiasmos, poniendo una nota triste en esta fase de la vida española que corre veloz el camino de su Destino....

Los ríos que bañan la riente y simpática vega andaluza, salidos de sus

madres con el crecimiento de sus caudales de agua que el corto é incesante periodo de lluvias les produjera, han arrasado vastas extensiones del fertilizante campo sevillano, dejando sumidos en la miseria infinidad de labriegos que han contemplado transidos de dolor, cómo la fuerza impetuosa de las aguas desbordadas, derrufa las chozas que antes moraron, observando con la mueca del horror, desde el promontorio de la cima en que posaran sus plantas, ansiosos de salvación, que la turbulenta corriente arrastraba los cadáveres humanos de algunos seres que sucumbieron al existir en aras del triste sino de su Fatalidad, acaso predestinada... ¡Contrastes de la vida...!

Damián Pedreño Aparicio.  
(Calixto Hugues)

## Pidiendo auxilios

Madrid 13-9 m.

Los diputados por la provincia de Cádiz, cumpliendo el acuerdo tomado en la reunión del sábado, han visitado á Canalejas exponiéndole los daños causados por los temporales.

Canalejas les ha ofrecido que Cádiz será incluido en el reparto del crédito que se ha pedido á las Cortes.



Los llamistas modernos, esos que tienen su fé puesta en D. José de Atún de Tronco, apesar de sus melancólicas, y en su honor belben el desgrabado en vasos más ó menos limpios, andan por nuestras calles y plazas mordiendo las uñas, porque las promesas del Herodes cartagenero no se cumplen apesar del tiempo transcurrido, y el que te rondará morena...

Aseguró verbalmente y por escrito se ratificó, que pronto retornaría de la Corte, con la beatificación de los siete mártires para que estos pudieran pisar las alfombras de la Casa del Pueblo y ajustarse en la cintura el fajín color lágrima.

En público y en privado dijo una y mil veces, que dejaría cesantes á unos cuantos serenos y que su ami-

empleado del diablo. En ella se adoraba al ser supremo, Divino Padre de los dioses y sublime Creador del Universo.

Aquella ciega idolatría, por una aberración de la conciencia de aquellos ignorantes indios, se fundía en sentimientos de piedad al adorar á Dios bajo aquel simulacro de Hunab-Kú.

Después del sacrificio de la joven nos miró el rey su padre de una manera amenazante.

Todos los concurrentes nos miraron.

—Ahora les toca á ellos,—exclamó Coco-Hulú con voz siniestra desmenuando su cuchillo.

Se operó un movimiento extraordinario.

Sacaron sus puñales los guerreros.

Se abrió una puerta estrepitosamente y apareció tras ella un precipicio que midió nuestra vista con espanto.

Mi compañero y yo encomendamos nuestras almas á la misericordia del Señor.

Se alzaron los puñales para herirnos.

—Tenéos,—gritó una voz.

Era la voz de Ichen.

Los brazos se bajaron.

—Habla, vestal, en nombre de Hunab-Kú,—prorrumpió la princesa con voz breve.

—Entonces, una joven, con quien antes hablará la princesa de una manera queda, elevando sus ojos al espacio se expresó de este modo.

Necesitaba distracciones. Un rey que se fastidiaba es que las busque, y desde luego me empeñé en buscarlas.

Al fin las encontré.

Era ley y costumbre de mi reino el tomar su monarca concubinas. Respeté las costumbre y establecí un harem...

—¡Callad por Dios,—dijo enojada Libia Prestival—mucho habéis dicho, hidalgo, que me ha escandalizado, y mi resignación no interrumpiéndolos, ha sido un verdadero sacrificio; pero lo que decís ahora yo no puedo escucharlo: temería condenarme, caballero.

—Calla; mujer, todo eso es divertido,—dijo Tarquino alegremente.

—No os alarméis, señora mía, me queda poco que contar. Llegamos á la mina, á las riquezas...

—¿Qué habéis de mina, caballero?—preguntó la beata disimulando mal su condicioso afán.

—Poca cosa, señora; una mina de oro que tuve la fortuna de encontrar en las montañas de mi reino.

—¿Habéis de veras, caballero?—preguntó la beata.

—Para que lo creáis, si tal es vuestra duda, duéñame, cuando lleguen las naves que pronto arribarán á Cartagena, he de daros un grano de oro

Has elegido esposo y yo me voy tranquilo bajo la sombra de los bellos árboles á gozar las delicias de una ventura inoacabable, eterna. Escúchame, hija mía, que solo un hombre te conozca: sólo á uno des tu cuerpo. Si hicieras otra cosa sería un mal sin remedio que nada curaría en el mando. No bastaría que lo ocultaras, todo lo ven los dioses y te castigarían con el tormento eterno de abismo; no solo á tí, á tus hijos y hasta á los hijos de tus hijos llegaría la deshonra y alcanzaría la maldición eterna.

Después, aquel anciano venerable, dejó de hablar y se durmió en el seno de la eternidad.

Yo fui rey de Zututá.

Mi compañero, Rodrigo Cabafete de la Cueva, se casó con Schow y fué nombrado mi teniente.

Muchos meses pasaron.

En tanto mi compañero y yo, gozábamos alegremente de aquella dicha inesperada, que por inesperada tomaba proporciones colosales. ¡Ser uno rey y el otro gran magnate! causaba nuestra risa que á nuestras solas celebramos.

Lo que me contrariaba á la verdad, era el amor de mi mujer. Esta era apasionada, pero un tanto salvaje, y aquel amor desauado de misterio y desprovisto de cultura, llegó á hastiarme por fin; pero disimulé profundamente.